

quiebra, enferma y muere, y la sociedad deja á las viudas y á los hijos en la más espantosa miseria ó en un degradante desvalimiento. Esto no debe ser. Los ciudadanos de una sociedad civilizada debieran, por el mero hecho de serlo, estar asegurados contra tal desgracia. Y pensando que la renta que la comunidad debiera obtener de la tierra, á la cual el desarrollo de la sociedad da valor, no es realmente un impuesto, sino el producto de una verdadera renta; un demócrata inglés (William Saunders, miembro del Parlamento), pone en esta frase el espíritu del verdadero librecambio: «ningún impuesto, y una pensión para todos».

Esto se denuncia como «el más grosero socialismo» por aquéllos cuya noción del orden es que los descendientes de los favoritos regios y de los ladrones de sangre azul deben gozar de fastuosa ociosidad durante toda su vida, á costa de pensiones extraídas á la actividad luchadora, mientras el trabajador y su mujer, extenuados por un penoso trabajo del que sólo han recibido salarios para vivir apenas, son degradados por las limosnas de la parroquia ó separados el uno del otro en un asilo.

Si esto es socialismo, verdaderamente es verdad que el librecambio conduce al socialismo.

CAPÍTULO XXIX

POLÍTICA PRÁCTICA

Yendo una vez en ferrocarril me encontré una banda de música, de Pittsburg, que volvía de una fiesta. El director y yo estábamos sentados en el mismo banco y, en el intervalo de las piezas con que aquéllos distraían la noche, entablamos una conversación que desde la política recayó en los Aranceles... Yo ni expresé mis opiniones, ni las discutí, pero le hice algunas preguntas acerca de *cómo* beneficiaba al trabajo la protección. Su respuestas no parecían satisfacerle á él mismo. Y de pronto dijo:

—Mire usted, señor, ¿puedo hacerle á usted una pregunta? No quiero ofenderle, pero quiero hacerle una pregunta importante: ¿es usted librecambista?

—Lo soy.

—¿Un verdadero librecambista, uno de los que quieren abolir los Aranceles?

—Sí, un verdadero librecambista. Yo querría que el comercio entre los Estados Unidos y el resto del mundo fuese tan libre como lo es entre Pennsylvania y Ohio.

—Deme usted la mano, señor, dijo el director de la banda levantándose.—Me gusta un hombre tan decidido.

—¡Muchachos!—exclamó, volviéndose á algunos de los músicos.—He aquí una clase de hombre que nunca habéis visto; aquí hay un verdadero librecambista, y no se avergüenza de declararlo. Y cuando los «muchachos» me hubie-

ron estrechado las manos como si hubieran estrechado las manos del «esqueleto viviente» ó del «gigante chino», sepa usted, señor—prosiguió el director—que he estado oyendo hablar de librecambistas toda mi vida, pero usted es el primero que he encontrado. He visto hombres á quienes otra gente llamaba librecambistas, pero cuando les tocaba la vez, lo negaban siempre. Lo más que admitían es que deseaban que se rebajara algo el Arancel ó que se confeccionara mejor. Pero insistían siempre en que hemos de tener Arancel, y yo había llegado á creer que no había ningún verdadero librecambista; que éstos eran una especie de fantasmas.

Mi amigo de Pittsburg era, á mi juicio, con relación á esto, una expresión exacta de la mayoría de los americanos de la actual generación. Los únicos librecambistas que los más de ellos han visto y oído han anhelado rechazar esa denominación, ó, por lo menos, han insistido en que siempre hemos de tener Arancel y han condenado las reducciones repentinas.

¿Debe admirar que los errores de la protección hagan su camino cuando sólo encuentran una oposición como ésta? La armonía y la belleza del librecambio se ocultan cuando se rebaja éste á una simple reforma fiscal; su fuerza moral se pierde; su poder para remediar los daños sociales no puede ser mostrado, y la injusticia y mezquindad de la protección no pueden ser exhibidas. La «ley divina universal» se convierte en un mero asunto fiscal, que apela sólo á la inteligencia y no al corazón, que afecta al bolsillo y no á la conciencia y acerca de la cual es imposible que surja el entusiasmo capaz de luchar con los poderosos intereses. Cuando se concede que deben ser mantenidas las aduanas y establecidos los derechos de importación, el hombre vulgar concluye que lo mismo da que estos derechos sean protectores; por lo menos se preocupará poco de ellos. Cuando se dice que deben abstenerse de modificarlos demasiado rápidamente, hay probabilidades de no modificarlos en nada.

Tal defensa no es de aquéllas que pueden obligar á la

discusión, hacerla marchar y llevar adelante una gran causa contra una poderosa oposición. Una verdad á medias no tiene la mitad de la fuerza que una verdad entera, y disminuir así un principio como el del librecambio con la esperanza de desarmar la oposición, es disminuir en mucho mayor grado su poder de suscitar defensores, que mitigar el antagonismo que ha de encontrar. Un principio que en su pureza encarnaría en el espíritu popular, pierde su poder cuando se obscurece por concesiones y se enerva por compromisos.

Pero el error que tales defensores del librecambio cometen tiene una raíz más profunda que cualquier equivocación en cuanto al procedimiento. Hay hombres que, en la mayor parte, derivan sus ideas de la castrada é incoherente Economía política que se enseña en nuestras Universidades ó de las tradiciones políticas de los «derechos del Estado» y «construcciones severas», ahora anticuadas y sin valor. No presentan el librecambio en su belleza y su fuerza, porque no las ven. No tienen el valor de su convicción, porque no tienen convicción. Tienen opiniones; pero esas opiniones carecen del fuego, de la fuerza impulsora que nace de una convicción vital. Ven el absurdo y el despilfarro de la protección y lo ilógico de los argumentos hechos en pro de ella, y estas cosas ofenden su sentido de la exactitud y la verdad; pero no ven que el librecambio significa realmente la emancipación del trabajo, la abolición de la miseria, la restitución á los desheredados de sus derechos nativos. Tales librecambistas están bien representados por aquellos periódicos que hacen una tibia oposición á la protección cuando no hay elecciones; pero que en el tiempo de elecciones permanecen quietos como ratas. Están del lado de lo que ellos llaman librecambio como cierta clase de buena gente está á favor de la conversión de los judíos. Cuando no haya ningún inconveniente hablarán, escribirán, asistirán á un mitin, á un banquete ó darán una pequeña moneda para la causa; pero se guardarán de romper con su partido ó de perder un voto.

Aun los más enérgicos y abnegados por el bien público de estos hombres son de una indiscutible inferioridad cuando llegan á una propaganda popular. Pueden señalar bastante bien los abusos de la protección y exponer sus más transparentes sofismas, pero no pueden explicar el fenómeno social en que la protección encuentra su verdadera fuerza. Todo lo que pueden prometer al trabajador es que la producción será aumentada y muchas mercancías abaratadas. Pero ¿cómo puede interesar esa razón á hombres acostumbrados á mirar la «sobrepducción» como la causa de la general miseria y que están oyendo constantemente que la baratura de las cosas es la razón por la que miles de ellos tienen que carecer de aquéllas? Y cuando frente al fracaso de la reforma fiscal para extirpar el pauperismo y abolir el hambre se les pregunta por qué, á pesar de la adopción en la Gran Bretaña de las medidas que proponen, los salarios son allí tan bajos y la miseria tan espantosa, los librecambistas de ese linaje no pueden contestar de modo que satisfagan al preguntante ni siquiera se pueden dar respuesta satisfactoria á sí propios. La única contestación que su filosofía puede dar, la única respuesta que se puede obtener de la economía política enseñada por los libros de texto «librecambistas», es que la cruel lucha por la existencia, que sume á los hombres en el pauperismo y la inanición, está en la naturaleza de las cosas. Y, ya atribuya esta naturaleza de las cosas á la consciente voluntad de un Creador inteligente ó á la obra de fuerzas ciegas, el hombre que, concreta ó vagamente, acepta esta respuesta es incapaz de sentir ó hacer sentir en otros el sentimiento que inspiraba la invocación de Cobden á Bright.

Así es que el librecambio, empequeñecido hasta una mera reforma fiscal, sólo puede apelar á los móviles más bajos y más débiles, móviles incapaces para impulsar masas de hombres. Véase la literatura librecambista corriente. Su propósito es demostrar lo dañoso de la protección antes que su injusticia; apela al bolsillo, no á la solidaridad. Sin embargo, para iniciar y sostener un gran movimiento popular, debe invocar-

se antes el sentido moral que el entendimiento, la solidaridad mejor que el egoísmo. Porque, sea lo que fuere el individuo, el sentido de la justicia es más sincero y más agudo en las masas que la percepción intelectual, y como un problema no pueda revestir la forma de justo ó injusto, no puede provocar discusiones generales ni excitar á muchos á la acción. Y mientras una ganancia ó pérdida material nos impresiona menos vivamente mientras mayor es el número de quienes la comparten, el poder de la solidaridad aumenta al pasar de hombre á hombre, acumulándose y contagiándose.

Pero aquél que sigue el principio del librecambio hasta su conclusión lógica puede herir las mismas raíces de la protección; puede contestar toda pregunta y rebatir toda objeción y apelar á los más seguros instintos y á los móviles más fuertes. Verá en el librecambio no una simple reforma fiscal sino un movimiento que tiene por objetivo y fin nada menos que la supresión de la miseria, y del vicio, crimen y degradación que de ella fluyen, restituyendo á los desheredados sus naturales derechos y organizando la sociedad sobre una base de justicia. Sentirá la inspiración de una causa bastante grande para vivir y morir por ella, y para sentirse impulsado por un entusiasmo que puede transmitir á los demás.

Verdad es que la defensa del librecambio en su plenitud suscita la oposición de intereses mucho más fuertes que los afectos al sostenimiento de los Aranceles protectores. Pero, por otra parte, acudirían á luchar por el librecambio fuerzas sin las cuales éste no puede triunfar. Y aquéllos que lancen la idea tienen más que temer de la indiferencia que de la oposición. Sin la hostilidad, la atención no puede ser excitada ni despertarse la energía, que son necesarias para vencer la inercia, que es el más fuerte baluarte de los abusos existentes. Un partido no puede abrazarse á un problema que nadie discute, como no podría hacerse trabajar la presión del vapor en una caldera abierta.

Y las clases trabajadoras de los Estados Unidos que han constituido la fuerza electoral de la protección, están

ahora preparadas para un movimiento en pro del verdadero librecambio. Durante algunos años, han operado entre ellos elementos educativos que han minado su fe en la protección. Si no han aprendido que la protección no *puede* ayudarles, por lo menos han adquirido claro concepto de que la protección no les *ayuda*. Han reconocido el hecho de que hay alguna honda injusticia en la constitución de la sociedad, aunque no puedan ver claramente cuál es esta injusticia; han llegado á sentir gradualmente que, para emancipar el trabajo, son necesarias medidas radicales, aunque no puedan conocer cuáles son esas medidas.

Y desparramados por toda esa gran masa que así comienza á despertar y á tantear, hay hombres, cuyo número crece rápidamente, que saben cuál es la injusticia primaria, hombres que ven que en el reconocimiento de los derechos iguales de todos al elemento necesario para vivir y trabajar está la esperanza y la única esperanza de corregir la injusticia social.

A esos hombres es á los que singularmente hablo. Son la levadura que puede hacer fermentar la masa.

Abolir la propiedad privada de la tierra es una empresa tan grande que, al principio, puede parecer impracticable.

Pero esta aparente imposibilidad proviene sólo de que la conciencia pública no está aún suficientemente penetrada de la justicia y la necesidad de ese gran cambio. Para realizarlo, hay que hacer sencillamente una obra de difusión del pensamiento. No es necesario que nos preocupemos mucho de cómo votan los hombres. Lo importante es cómo piensan.

Ahora bien, el factor principal para difundir la idea es la discusión. Y para conseguir la más general y más eficaz discusión de un principio, debe ser presentado en forma concreta é incorporado á los programas políticos, de manera que los hombres, siendo requeridos á votar sobre él, se vean obligados á pensar y á hablar de él.

Los defensores de un gran principio no estarán ligados por sombra de compromisos. Lo proclamarán en su plenitud,

y sostendrán la plena implantación de aquél como su meta. Pero el celo del propagandista necesita ser completado con la habilidad del político. Mientras el primero no necesita temer que surja la oposición, el segundo debe procurar encontrarse con una resistencia mínima. El arte político, como el arte militar, consiste en concentrar la mayor fuerza contra el punto de menor resistencia, y para hacer que prevalezca lo más rápida y eficazmente un principio en la política práctica, la medida que se proponga debe ser moderada de manera que (conteniendo el principio) consiga la más amplia defensa y excite la menor resistencia. Porque el que el primer paso sea largo ó corto es de pequeñas consecuencias. Cuando se ha comenzado en una dirección justa el avance, es una simple cuestión de perseverancia.

Este fué siempre el modo de que los grandes problemas entraran en la esfera de la acción política. Importantes batallas políticas comienzan con escaramuzas de vanguardia, en sí mismas poco importantes, y generalmente son decididas sobre puntos que no coinciden con el problema principal, sino con algunos problemas menores ó colaterales. Así, el problema de la esclavitud en los Estados Unidos vino á la política práctica á propósito de la extensión de la esclavitud á los nuevos territorios, y fué definitivamente resuelto como consecuencia de la guerra de secesión. Mirado como un fin, los abolicionistas hubieran hecho bien en desdeñar los proyectos de los republicanos. Pero estos proyectos fueron el medio de realizar lo que los abolicionistas hubieran tratado en vano de conseguir directamente.

Así ocurre con la cuestión arancelaria. El que tengamos un Arancel protector ó un Arancel de renta es en sí mismo de pequeña importancia, porque aun cuando la abolición del proteccionismo aumentaría la producción, la tendencia á una desigual distribución quedaría intacta y pronto neutralizaría el beneficio. Sin embargo, lo que carece de importancia como fin, la tiene como medio. La protección es un ladrón pequeño, es verdad; pero es el centinela y la avanzada de un gran la-

drón; el pequeño ladrón, que no puede ser eliminado sin entablar la lucha contra la verdadera fuerza del gran ladrón. El gran ladrón está tan bien atrincherado, y la gente se halla acostumbrada desde hace tanto tiempo á sus exacciones, que es difícil inducirle á atacar á éste directamente. Pero ayudar á aquéllos que han entrado en combate con el ladrón pequeño, será el más fácil camino para atacar á su amo y despertar el sentimiento que lance contra él.

Para asegurar á todos el libre uso de su poder de trabajo y el pleno disfrute de los productos de éste, hay que obtener los derechos iguales de la tierra.

Para conseguir estos iguales derechos de la tierra, en el presente grado de la civilización, no hay más que un camino. Medidas tales como la creación de una clase de cultivadores propietarios, ó «la limitación de la extensión de la tierra», ó reserva á los actuales colonos de lo que resta del dominio público, no conducen hacia aquélla; nos alejan. Sólo puede afectar á una clase relativamente sin importancia, y esto temporalmente, al par que su resultado no es debilitar la propiedad de la tierra, sino más bien fortalecerla, interesando á un gran número en su mantenimiento. El único camino para abolir la propiedad privada de la tierra es el impuesto. Este camino es franco y recto. Consiste sencillamente en abolir, uno tras otro, todos los impuestos que son por su naturaleza tributos verdaderamente y recurrir para los ingresos públicos á la renta económica ó valor del suelo. Para la plena libertad de la tierra y la completa emancipación del trabajo, es, naturalmente, necesario que la totalidad de este valor sea tomado en provecho común; pero esto seguiría inevitablemente á la decisión de recoger de esa fuente los ingresos ahora necesarios ó una parte considerable de ellos, lo mismo que la entrada de un ejército victorioso en una ciudad sigue á la derrota del ejército que la defiende.

En los Estados Unidos, el camino más directo para remover la propiedad de la tierra es el del impuesto local, puesto que éstos se hallan establecidos ya sobre el valor de

las tierras con alguna extensión. É indudablemente, éste será el camino por donde se hará el avance final y decisivo. Pero la política nacional domina la política de los Estados, y un problema puede ser llevado á la discusión más rápida y más completamente como problema nacional que como problema local. Ahora bien, para introducirlo en la política no es necesario crear un partido. Los partidos no se fabrican. Nacen de los partidos ya existentes, planteándose problemas sobre los cuales los hombres se dividen. Tenemos al alcance de nuestra mano en la cuestión arancelaria un medio de plantear el problema de la tributación en su totalidad, y en torno de éste, el conjunto de la cuestión social.

Como hemos visto en el examen que hemos venido haciendo, la cuestión arancelaria plantea necesariamente todo el problema social. Cualquiera discusión acerca de ello hoy, tiene que ir más lejos, y más honda que la agitación contra las leyes de granos de la Gran Bretaña, ó que la controversia arancelaria entre *whigs* y *demócratas*, porque el progreso de la cultura y la acción de los descubrimientos han hecho de la distribución de la riqueza el problema palpitante de nuestros tiempos. Hacer de la cuestión arancelaria asunto de política nacional tiene que significar ahora la discusión, en todos los periódicos y en todas las plazas donde se encuentren los hombres, de los problemas del trabajo y los salarios, del capital y el trabajo, de la incidencia de los tributos, de la naturaleza y derechos de la propiedad y del problema á que estas cuestiones conducen, el problema de las relaciones de los hombres con el planeta sobre que viven. Por este medio puede realizarse más en un año para la cultura económica de las clases populares que de otro modo podría conseguirse en décadas.

Por eso insto á los hombres cultos que anhelan la emancipación del trabajo y el imperio de la justicia social á que se arrojen en el movimiento del librecambio con cuerpo y alma y obliguen á que sea afrontado el problema arancelario. No es solamente que el lado del librecambio en la controversia arancelaria concuerde mejor con los intereses del

trabajo; no es meramente que, hasta que los trabajadores abandonen la idea de que el trabajo es cosa tan mísera que necesita ser «protegida» y que la ocupación es una gracia debida á la liberalidad de los capitalistas ó de los Gobiernos paternos, no pueden elevarse hasta el sentimiento de sus derechos; es que el movimiento en favor del librecambio es, en realidad, el precursor de la lucha por la emancipación del trabajo. *Este es el camino que el toro debe seguir para desenvolver su cuerda.* No importa cuán timoratamente se plantee ahora la lucha contra la protección; éste no es más que el delgado filo de la cuña. No importa que esperemos hacer poco; el progreso se realiza por pasos, y el paso que hemos de dar es siempre el más inmediato (1).

Ni importa que aquéllos que ahora impulsan el movimiento del librecambio no coincidieran con nuestros propósitos, ni que nos combatan y desnaturalicen nuestras ideas. Nuestra política consiste en sostenerlos, en luchar por ellos

(1) No hay razón para que, por lo menos, el grueso de los recursos más necesarios para el Gobierno nacional bajo nuestro sistema no se recojan de un tanto por ciento sobre el valor de las tierras, dejando el resto para la Hacienda local, lo mismo que los impuestos del Estado, el Condado y el Municipio se recaudan ahora conforme á un registro y por una misma clase de funcionarios. Por el contrario, hay, aparte de la economía que de este modo conseguiríamos, una poderosa razón para recaudar del valor de las tierras los ingresos nacionales, razón fundada en el hecho de que el valor del suelo de las grandes ciudades y de los yacimientos minerales es debido al general incremento de la población.

Pero la total abolición del Arancel no necesita que se llegue á tal medida. La emisión de billetes, función que pertenece propiamente al Gobierno central, produciría, adecuadamente utilizada, un considerable ingreso, al par que podrían encontrarse varias fuentes de recursos hasta la cifra necesaria en diversos impuestos que, aun no siendo perfectos económicamente, como lo es el impuesto sobre el valor de la tierra, son, sin embargo, mucho menos discutibles que los impuestos de importación. El tributo de consumo sobre los licores espirituosos debiera ser abolido porque fomenta la corrupción, afecta perniciosamente á muchas ramas de la industria y constituye un premio para la falsificación. Pero monopolizándolo el Gobierno ó con impuestos por licencias para la venta al por menor, puede obtenerse del

y empujarlos. Ni importa que ellos se propongan detenerse cerca; la dirección que quieren tomar es la dirección en que tenemos que ir para alcanzar nuestra meta. Juntando nuestras fuerzas á las suyas no nos ponemos á su servicio, sino que utilizamos aquéllas.

Pero estos mismos hombres, cuando estén bien encaminados y dirigidos por el impulso de la controversia, irán más lejos de lo que ahora se proponen. Es ley de todos los movimientos como éste que tienen que hacerse cada vez más radicales. Y aun cuando estamos abundantemente provistos en los Estados Unidos de una clase de *leaders* proteccionistas que no cederán una pulgada hasta verse obligados á ello, nuestras condiciones políticas difieren de las de Inglaterra en 1846 cuando, faltas de poder político las clases obreras, una oportuna capitulación de los defensores de la protección detuvo por cierto tiempo el curso natural del movimiento é impidió así que la demanda de la abolición del proteccionismo se convirtiera definitivamente en demanda de supresión de la

tráfico de licores una gran renta con mayor ventaja para la salud y la moral pública que por el actual sistema. Hay también algunos impuestos de timbre que son relativamente dañosos y pueden recaudarse más fácil y baratamente.

Pero de todos los procedimientos para obtener una renta federal, independiente, la que produciría mayores ingresos con mayor facilidad y menor daño, es un tributo sobre los legados y sucesiones hereditarias. En una población numerosa, la proporción de las defunciones es tan normal como la de los nacimientos, y, con excepciones adecuadas á favor de las viudas, menores y parientes de cierto grado, tal impuesto no gravaría pesadamente á nadie y, á causa de la publicidad necesaria para la transferencia de la propiedad por muerte ó en previsión de ella, sería fácilmente recaudado y poco susceptible de fraude. La apropiación del valor de las tierras heriría en el corazón las fortunas extraordinarias; pero hasta que eso se realizara, un impuesto de aquella clase tendría la incidental ventaja de dificultar su traslación.

De todos los pretextos para la continuación de un Arancel, el menos valedero es su necesidad para conseguir una renta federal. Hasta el impuesto sobre la renta, siendo malo, es, en todos aspectos, mejor que un Arancel.

propiedad territorial. La clase que en Inglaterra comienza ahora á tener poder político tiene ya entre nosotros ese poder.

Sin embargo, aun en la gran Bretaña, las inevitables tendencias del movimiento del librecambio pueden verse claramente. La abolición de la protección no sólo ha despejado el terreno para problemas mayores que ahora comienzan á entrar en la política inglesa; no sólo ha conducido el impulso de la agitación librecambista á reformas que están poniendo el poder político en manos de la multitud, sino que la obra realizada por hombres que, habiendo comenzado por luchar contra la protección, no se contentan con su abolición, ha sido uno de los factores principales para preparar la revolución que ahora está en sus principios, una revolución que no puede detenerse en lo sucesivo hasta restituir al pueblo británico sus derechos naturales á su tierra nativa.

Ricardo Cobden dijo que la agitación del problema arancelario debe convertirse finalmente en la agitación de la cuestión de la tierra, y por lo que he oído de él me inclino á pensar que, si hoy estuviera con vida y fuerzas, él capitanearía el movimiento para la restitución al pueblo inglés de sus derechos naturales á su tierra nativa. Pero sea como fuere, el movimiento librecambista inglés deja un «residuo» que, como Tomás Briggs (1), defiende constantemente la conducción del librecambio hasta sus conclusiones finales. Y uno de los más eficaces entre los factores revolucionarios que ahora trabajan en Inglaterra es la *Asociación para la Reforma Financiera*, de Liverpool, cuyo *Almanaque de la Reforma Financiera* y otras publicaciones tanto están haciendo para

(1) Autor de *Propiedad y Tributación*, etc., y un fervoroso defensor del movimiento para la restitución de su tierra al pueblo británico. Mister Briggs fué uno de los fabricantes de Manchester que intervinieron en el movimiento contra las leyes de granos y, considerando tal victoria como un simple comienzo, ha insistido siempre en que Inglaterra estaba aún bajo el imperio del proteccionismo y que la lucha por el verdadero librecambio aun no había comenzado.

que el pueblo británico conozca el proceso de usurpación y expoliación por el cual la tierra de la Gran Bretaña se ha convertido en propiedad privada de una clase y el trabajo británico está obligado á sostener una turba de aristócratas parásitos. Sin embargo, la *Asociación para la Reforma Financiera*, de Liverpool, está compuesta por hombres que, en su mayor parte, retrocederían ante un deliberado ataque á la propiedad de la tierra. Son simplemente librecambistas de la escuela de Manchester, bastante lógicos para ver que librecambio significa abolición del Arancel de renta lo mismo que de Aranceles protectores. Pero al atacar á los impuestos indirectos infligen necesariamente tremendas heridas á la propiedad privada de la tierra y minan los verdaderos cimientos de la aristocracia, puesto que, al enseñar la historia de los impuestos indirectos, demuestran cómo los terratenientes del suelo de la nación se hacen á sí mismos propietarios virtuales, y al proponer la restauración del impuesto directo sobre el valor de las tierras dan una fórmula que implica la completa restitución de la tierra británica al pueblo inglés.

Así es que cuando los hombres abrazan el principio de la libertad son impelidos hacia adelante, y la defensa sincera de la libertad del comercio se convierte finalmente en la defensa de la libertad del trabajo. Y así tiene que ser en los Estados Unidos. Cuando la cuestión arancelaria se convierta en problema nacional y en lucha contra la protección, los librecambistas se verán obligados á atacar la tributación indirecta. La protección está tan bien atrincherada que, antes de que pueda conseguirse un Arancel de renta, la acción del partido librecambista tendrá que rebasar el punto donde se daría por satisfecho; al par que antes de que la abolición de los tributos indirectos se consiga, la incidencia de los impuestos y la naturaleza y efectos de la propiedad privada de la tierra habrán sido discutidas tanto que lo demás será cuestión de tiempo.

La propiedad de la tierra es tan indefendible como la propiedad del hombre. Es tan perjudicialmente absurda, tan ul-

trajantemente injusta, tan flagrantemente subversiva del verdadero derecho de propiedad, que sólo puede ser instituída por la fuerza y mantenida obscureciendo en el espíritu popular la distinción entre la propiedad de la tierra y la propiedad de las cosas que son fruto del trabajo. Que esta distinción se esclarezca, y una discusión completa de la cuestión arancelaria ahora la esclarecería, y la propiedad privada de la tierra desaparecerá.

CAPÍTULO XXX

CONCLUSIÓN

Un rico ciudadano á quien yo apoyé é hice que otros apoyaran como candidato al sillón presidencial, bajo la impresión de que era un demócrata de la escuela de Jefferson, ha publicado recientemente una carta aconsejándonos que fortifiquemos nuestras costas por temor de que vengan buques extranjeros y nos bombardeen. Este timorato consejo tiene el poco disimulado propósito de inducirnos á enormes gastos públicos que impedirían toda demanda de reducción de impuestos, y conseguir de este modo para los interesados en el Arancel la posibilidad de desplumarnos durante más tiempo. Es un buen testimonio de la mezquindad inherente al espíritu proteccionista, espíritu que ya no comprende la verdadera dignidad de la república americana y la grandeza de los recursos suyos para cuidarse de los intereses materiales de las grandes masas de sus ciudadanos, «la pobre gente que tiene que trabajar».

Lo que es bueno concuerda con todas las cosas buenas; lo que es malo propende hacia otras cosas malas. Acertadamente aplica Buckle, en su *Historia de la civilización*, la palabra «protector» no solamente al sistema de robo mediante los Aranceles, sino también al espíritu que enseña que los muchos han nacido para obedecer y los pocos para mandar; que cimienta los tronos sobre las bayonetas, sustituye las pequeñas vanidades y los miserables celos al patriotismo de